

## Pregón de Semana Santa

Francisco García Martínez

*¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¿A ver un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Éste es de quien está escrito: "He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará tu camino por delante de ti".*

**Al comienzo de este pregón quiero saludar en primer lugar al presidente y a los miembros de la Junta Pro-Semana Santa que han tenido a bien invitarme a abrir los actos que ellos han programado para esta Semana Santa, mostrándoles mi agradecimiento por haber pensado en mí. Saludo igualmente a todos los miembros de las distintas cofradías y asociaciones de Toro y Tagarabuena, y a los devotos de las diversas procesiones, a las autoridades presentes, al pueblo toresano y a aquellos que se han dejado atraer por este momento y nos acompañan llegando desde otros lugares.**

**Buenas noches.**

*¿Qué salisteis a ver? ¿A ver un profeta? Sí, os digo que un profeta".* Recojo estas palabras de Jesús a la multitud hablando de Juan Bautista para dirigirme a vosotros y abrir el camino a nuestra querida Semana Santa.

Al igual que Juan, aunque vestido con la vanidad propia de estos tiempos, yo también me presento ante vosotros como un pequeño mensajero del Señor que nos invita a todos a tomar el camino de la cruz.

Pero ¿quién tendrá oídos para oír que la vida viene envuelta con los ropajes de la muerte? ¿Quién tendrá ojos para ver que la belleza nace donde el amor se deja crucificar sólo por amor? ¿Quién tendrá el corazón abierto para esperar ser visitado por una presencia viva oculta en una madera bien tallada bailada al ritmo de los golpes de un tambor y, sobre todo, en una comunidad reducida y entrada en años que se reúne en las iglesias a celebrar la victoria de la cruz? ¿Quién se atreverá a sostener la mirada frente a frente con la muerte ante al rostro agónico de Cristo?, y ¿quién se dejará acompañar en su camino para escuchar de nuevo esta historia tan sobada, manipulada y encadenada a conveniencia de nuestros gustos?

Se abre la Semana Santa y, como los días antes de la fiesta de los Difuntos, hay que limpiar las tumbas olvidadas. Todo se pone en movimiento. La rutina de las fiestas nos obliga. Hay que sacar a Cristo del sepulcro y llevarlo en procesión para que resucite en nuestro corazón. Pero Cristo está en procesión todo el año, está fuera del sepulcro aun cuando lo hayamos olvidado. Cristo va y viene por las calles y las plazas de nuestra vida y nuestra muerte, y ahora nos lo recordamos agradeciéndolo con piadosa reverencia procesional. Pero no corramos muy deprisa a la Iglesia a empezar nuestros ritos o a preparar los pasos, salgamos

primero al rellano de nuestra casa. Miremos el espectáculo cotidiano. Sentémonos por un momento al borde del camino de nuestra vida.

Mirad la procesión de los hombres y mujeres a la misma hora, por el mismo camino, con las mismas letanías, yendo y viniendo del trabajo. Dormidos, cansados, aburridos, satisfechos, sucios... pero siempre en una procesión que no sabemos si termina en el reparto del bendito pan de cada día puesto sobre la mesa familiar donde se comparte la alegría o en la rutina del tedio cotidiano del que nunca salimos y nos espanta.

Mirad la procesión de las apariencias, contemplemos la larga fila de las oraciones a gloria y alabanza de nosotros mismos en nuestros encuentros con los demás, los hábitos siempre buscando la moda de mañana porque la de ayer ya no es digna de nuestra divinidad, veamos cómo se esconden las miserias en el cuarto oscuro de nuestra casa y reluce a la hora de salir la bisutería con la que queremos brillar desfilando y bailando nuestros mismos pasos... siempre en la misma procesión que no sabemos si podrá convertirse un día en belleza verdadera de rostro, de corazón y de vida.

Mirad la procesión de la muerte, contemplemos esa interminable procesión de pasos que hieren nuestros hombros. Es ella la que nos convoca casi a diario. Cada día tiene su santo de dolor y muerte. Cada día nos reúne en el sepulcro para despedir proyectos, ilusiones, esperanzas, amistades, familiares... Como antaño suenan cotidianas las campanillas de las ánimas que se han ido y se han llevado consigo nuestra sonrisa. E intentamos no asistir, esa procesión no nos interesa, pero sabemos que no podemos escapar.

Antes, mucho antes, de que se alcen las palmas o el laurel de nuestra Semana Santa ya estamos de procesión. A ella se quiere unir Cristo. A escondidas, casi como los congresos al amanecer, salió de la casa del Padre para estar todo el día en nuestras calles, y como ellos golpea el suelo al vernos pasar para llamar nuestra atención y pedirnos como limosna la fe, cuando el cansancio del trabajo, el miedo a nuestras miserias y el dolor de la muerte hace descreída la mirada de nuestro corazón.

*Oigo en mi corazón: buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro -dice el salmo-, y como el niño que sale por primera vez en procesión y busca intranquilo la presencia de la madre que camina a su lado, así el creyente te busca, Señor, queriendo reconocerte y decirte: Cristo mío, estás aquí. Y recordando a esa madre que no se despegaba del hijo, subiendo y bajando en la fila, así te digo: no me dejes, Cristo mío, que soy un niño que necesita saberte cerca.*

Cuando se acerca la Pascua y urgen amontonándose todos los preparativos, cuando nos invaden las preocupaciones más concretas de organización. Cuando hay que limpiar las andas y poner a ventilar los hábitos para que se vaya su olor a naftalina, cuando hay que encargar las flores y las velas, cuando hay que vestir los santos, cuando hay que escribir las moniciones y ensayar los cantos, cuando hay que preparar la casa porque vienen los de fuera, cuando parece que hemos de prepararlo todo, entonces como hace tantos años en aquella Jerusalén vestida de fiesta, repleta de visitantes y agobiada por los preparativos, la voz del Señor discretamente nos susurra a los suyos: *Cuánto he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de morir.*

Los discípulos no entienden, porque todo el mundo está de fiesta, pero Jesús repite: *cuánto he deseado que compartáis mi mesa, cuánto he deseado que sintáis mi amor hasta el extremo, cuanto he deseado que viváis mi muerte comprendiendo la misericordia de mi corazón.* Y, como los discípulos, envueltos también nosotros en la fiesta de estas fiestas quedamos confundidos porque se nos invita a comer la muerte, a mirar la muerte, a sentir la muerte, a querer la muerte, cuando todo y todos queremos vivir la vida. Y recordamos que se lo habíamos pedido repetidamente: *Oh mi Dios crucificado, oh mi Cristo del dolor, haz que ame tu pasión.* ¿Sabíamos lo que pedíamos? ¿Sabemos lo que pedimos? ¿Sabemos lo que cantamos? ¿Queremos lo que cantamos?

Silencio. Hay que sacar el silencio en procesión. Hay que callar para oír verdaderamente, para oír el deseo de Cristo de dar su vida por nosotros, para contemplar su pasión eterna de amor, para escuchar la discreción de sus pasos. ¿Para qué otra cosa se promete silencio al comienzo del vía crucis si no es para dejar que el amor de la cruz resuene en nuestro corazón? Hacer silencio, que es más, mucho más que estar callado. Cuánto recuerdo cuando llegan estos días mi oración silenciosa bajo el caperuz. Rezaba intentando rezar más allá de mi distraída mirada infantil y adolescente. Rezaba ayudado, cuando podía distinguirlas, por las palabras que rompían la noche silenciosa desde aquel viejo megáfono desde el que se recordaba el amor herido de Jesús en cada una de sus estaciones de dolor.

Dichosos nosotros si descubrimos en ese camino de silencio el deseo de Cristo de comer en nuestro mismo plato dándonos un pan nuevo de vida nueva, pan para saber morir, pan para resucitar.

Por eso la comida propia de estos días, aquella que debe anhelar nuestro corazón, no nos engañemos, no es ni el bacalao ni las orejas, ni tantos otros platos amasados con nuestra tradicional maña cocinera, sino aquel *pan sin sal ni levadura*, aquel pan sin sabor que tiene el poder para llenar de esperanza y fuerza nuestra vida y consolar silenciosa nuestra muerte. Ésta es la receta tradicional de la Semana santa, la comida que se ofrece en una mesa puesta para todos, la que nunca pierde su sustancia porque está hecha de vida pura: *Tomad y comed, esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros.*

¿Cómo no tener miedo? Cuando yo era pequeño y con capirucho y todo apenas levantaba medio metro del suelo; cuando mi padre me llevaba de la mano oscurecido ya el día para salir en procesión, yo iba contento, ilusionado. Pero había un momento en que todo cambiaba. Empezaba el movimiento y un paño sobre el rostro parecía separarme del mundo. Aparecía la soledad. No importaba si seguía de la mano de mi padre, yo me sentía solo y a él no le reconocía apenas. Mucho después he vuelto a sentir esta sensación, como me imagino que os habrá pasado a vosotros. Mientras vamos de día, en medio de las palabras y la actividad, junto a los nuestros parece que la vida se sostiene confiada, pero se cierra la puerta de casa, nace la noche, y viene a visitarnos la soledad interior del alma llena de sus miedos y fantasmas. Es probable que los discípulos de Jesús, cantando salmos como iban camino de Getsemaní, no intuyeran que llegado un punto había que callarse y entrar en la soledad y el temor con su maestro. Es a aquella soledad llena de miedos, a aquella de la que se quiere huir, a aquella en la que los discípulos se durmieron y a la que nosotros matamos rodeándonos de música y televisión a todas horas, es a esa soledad a la que nos quiere llevar

Cristo porque allí ha de decirnos su palabra definitiva. Este camino difícil es el que Cristo recorrió poco después con los discípulos de Emaús. Llenos de dolor volvían como en procesión con su Señor muerto y sus esperanzas vencidas, y no imaginaban que su soledad se llenaría de una presencia nueva que les haría hombres nuevos para siempre. Pero así fue, como así es para cada hombre y cada mujer que acepta entrar en su soledad dejando que su corazón se abra en diálogo sincero con un Cristo siempre asomado a las ventanas del alma.

Pero, ¿no es la Semana Santa una Semana de Fiesta? ¿Por qué hablar en este tono? ¿Por qué no alabar la belleza de las procesiones, la emoción de las tradiciones, el orgullo de lo nuestro y su reconocimiento regional...? Otros lo han hecho antes y con mejores palabras de las que yo podría encontrar. Todo eso es verdadero y noble, pero yo quiero hablar del misterio escondido de nuestras tradiciones. El que talló a lo largo de los siglos la fe de nuestros antepasados. Yo quiero hablar de Cristo, de su muerte y de su amor hasta la muerte, de su invitación y su presencia verdadera.

Y quiero hacerlo porque hay que decir en alto que todo está muerto con apariencia de vida si se pierde el alma cristiana que lo dio a luz. Hace poco leía una noticia. Una madre había hecho que con las cenizas de su joven hija muerta prematuramente hicieran un diamante y lo había incrustado en un pequeño corazón de oro para llevarlo consigo. Una joya, pero su hija sólo era en ese diamante una apariencia de vida. Aunque dijera a todos que era su hija, ya no lo era. Y así es como nuestras tradiciones de Semana Santa pueden convertirse en una joya muerta, en un engarce de bellos actos que sólo sirvan para presumir de toresanos y para reñir entre nosotros, como ya está pasando en tantos otros sitios.

Por eso, vuelvo a mi discurso recordando aquellas palabras de Cristo a sus discípulos cuando empezó su vía crucis: *Ved que subimos a Jerusalén y el hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y éstos le darán muerte.* ¿Hasta dónde queremos acompañar nosotros a Jesús? ¿Queremos ir y aprender de Jesús o queremos sacar a un pelele que movamos a nuestro antojo, amordazada su boca para que sólo sea el eco de nuestros deseos? Sabemos que esta tentación es antigua, pues ya nuestros antepasados israelitas en el camino del desierto quisieron llevar con ellos un Dios a su medida, manejable según sus deseos, y fundieron sus joyas para hacer un becerro de oro que diera seguridad a sus pasos. Pero Dios no da seguridad, su presencia ha de vivirse bajo la obediencia y la esperanza. Es en ellas donde encontramos el don mismo de su vida, un don más grande que ningún otro.

La Semana Santa nos invita a revivir con Jesús sus últimos días, no para acompañarle ¿qué falta le hace?, sino para dejarnos acompañar, pues con sus dolores él vive los nuestros y con su fe nos enseña a confiar en medio de ellos; pues en su tristeza habita cercano a las nuestras para dejarnos el consuelo de quien puede comprendernos, porque tuvo en sus ojos nuestras lágrimas; pues en su muerte se hunde en nuestros sepulcros para que descubramos que ni el abismo más profundo nos separa de Dios. *Mirad* -dirá el autor de la carta a los hebreos-, *mirad a aquel que soportó en su persona tantas contradicciones, para que, alentados por su fe y su misericordia, no nos dejemos abatir por el desaliento.* Cientos de toresanos lo han hecho antes que nosotros, han sabido dejarse acompañar por un Cristo que a lo largo de la procesión bajaba de las

andas para apegarse al corazón que lo buscaba, por un Cristo que, envuelto en dolores, volvía una mirada de consuelo a los que no necesitaban más palabras que hablaran sin saber de qué sufre el corazón.

Es por esto por lo que alzamos al Crucificado sobre nuestros hombros: para comprender que sus dolores son nuestro consuelo. Para nada más lo miramos si no es para que nos mire con aquellos ojos que sabían acoger de corazón a los que estaban heridos por la vida o por su pecado. Para que nos recoja con su misericordia, él que no se quejó de los golpes ni del desprecio, ni del abandono de los suyos. Es a él, que no sabe reprochar, que sólo sabe esperar y perdonar como el Padre, a quien elevamos sin miedo por encima de nuestras cabezas como Señor, pues sabemos que su dominio no humilla, que su poder no somete, que su presencia es el hogar del perdón y de la paz. Mirémosle y dejémonos mirar. Que nuestra fe abra el corazón al amparo de este Cristo que sacamos para que nos acompañe en nuestras luchas y fatigas.

A lo largo de estos días, a su lado, sonarán diferentes *Misereres* y en todos ellos se repetirá: *Perdónanos, Señor, ten compasión de nosotros que hemos pecado contra ti y renuévanos por dentro*. Cuando se canta en latín nos evita pensar qué estamos diciendo y podemos reposar sin más en la música y la interpretación. Cantado en castellano por un coro nos induce a pensar que sólo somos oyentes, público y que sus estrofas no las decimos nosotros mismos. Pero este canto nunca fue para reposar y menos aún para exhibir hermosas voces, sino para expresar el arrepentimiento de nuestro corazón que se reconoce pecador ante el Señor. Difícil tarea ésta en nuestra sociedad en la que la culpa de todo la tienen siempre los demás.

Si queremos vivir la verdad de nuestras tradiciones tenderemos que recordar que el *Miserere* no se canta para un público que sólo escucha, sino para que todos nos dirijamos a Dios y nos pongamos en manos de su misericordia, que no debe cantarse ni escucharse con la cabeza alta, sino con la vergüenza de quien se sabe indigno de recibir la mirada benevolente del mundo, pero confía en encontrar el perdón de un Padre que renovará su corazón. El canto del *Miserere* es una invitación a todos a reconocer delante del amor de Cristo crucificado que nuestro mundo está preso del mal que cada uno de nosotros inscribe en él, y a reconocer igualmente que sólo la gracia podrá liberarnos del poder que este pecado tiene en nuestro corazón.

Pedimos perdón, no proclamamos nuestra grandeza, nuestra inocencia o nuestra virtud, por eso todos, ayudados por quien lo entona, estamos invitados a la intimidad, a la humildad y al dolor, que son los sentimientos propios del arrepentido, aunque lo expresemos con una música hermosa y alguien se encargue de elevar la voz por nosotros para expresar nuestra confianza en la misericordia de Dios.

No dejemos que tenga que dirigirnos apenado lo que en otro tiempo tuvo que decir: *Venís a mí porque os he dado de comer*. No lo busquemos por los ingresos que traerá para Toro, porque esto es sólo *pan para hoy y hambre para mañana* y nuestra vida necesita un alimento que nos sostenga cada día hasta la vida eterna.

No es tiempo de reír, al menos al principio, es tiempo para el recogimiento. Es tiempo para el ayuno de todo aquello que nos distraen de lo esencial. Es tiempo de ayunar de la fiesta que nos aparta de este Cristo de carne y hueso, de

dolor y amor, de vida divina que espera a todos. Recuerdo que cuando era pequeño, el paseo de Jueves Santo con mis padres era distinto al de otros días. Quizá termináramos sentados en una bar (bebiendo mi hermana y yo un *kas* en dos vasos) pero antes habíamos pasado por los recogidos monumentos de varias Iglesias donde fui aprendiendo a utilizar el silencio de las cinco estaciones para abrir mi corazón a la vida, el consuelo y el amor de Dios.

¿Quién nos ha convencido de que ya no hace falta rezar en Semana Santa?  
¿Quién nos ha convencido de que no hay que ayunar para decir a nuestro corazón que nuestro alimento, el que nos sacia de verdad, es Dios mismo?  
¿Quién nos ha convencido de que no hay que confesarse, ni ir a misa y comulgar? ¿Quién de que basta asistir a una procesión? ¿Cuándo dijo Dios esto?  
¿Cuándo nos lo creímos? ¿Quién nos engañó?

¿Quién nos ha convencido de que a Dios le gustan estas fiestas religiosas aunque no queramos procesionar cada día con él? ¿Quién nos dijo que quería salir en procesión si luego vamos a encerrarle con llave en nuestras iglesias y allí quedará olvidado como si su carne sólo fuera de madera? ¿Quién nos dijo que se puede meditar la pasión de Cristo tomando un vino? ¿Cuándo nos lo creímos?  
¿Quién nos engañó?

Siempre hubo poderes que quisieron engañar al hombre para apartarlo de Cristo, siempre hubo pregoneros de lo fácil, lo tranquilo, lo rentable, lo provechoso... que susurraban al oído del hombre y la mujer que diera a Dios un aplauso de vez en cuando, pero que lo olvidara luego para hacerse Dios de sí mismo. Y esos poderes no están sólo fuera, los llevamos cada uno en nuestro corazón, poderes que nos hacen traicionar la confianza que puso Cristo en nosotros como hizo Judas, o abandonarlo cuando las cosas se ponen difíciles como hicieron los demás discípulos. Siempre existió la tentación de llevar a Cristo por el recorrido que nosotros decidiéramos y no dejarnos incluir en su procesión de amor hasta el extremo. La Semana Santa comienza cuando Cristo apunta a Jerusalén donde hay que entregar la vida por los demás y se lo intentamos impedir como hizo Pedro; comienza cuando Cristo le grita: *apártate de mí, Satanás, y ponte detrás de mí, siguiendo mis pasos, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.*

Recuerdo cuando procesionaba como cofrade en mi infancia cómo algunos de los pasos iban sobre carros de ruedas. Parece que nadie estaba dispuesto a cargar con ellos. Era demasiado el esfuerzo y demasiado pocos los que podían o querían hacerlo. Recuerdo también cómo yendo un año detrás de la Magdalena, los que la había sacado llegados a Santa Marina no podían más. Se buscaba entre las filas gente que los sustituyera, pero era difícil encontrar a alguien. No he olvidado esta imagen porque es bien significativa más allá del hecho en sí, y a todos nos recuerda que no hay muchos dispuestos a cargar con el peso de los *pasos* de Cristo. Pasó el tiempo y descubrí que el camino de Cristo es duro cuando éste no es un entretenimiento de ritos piadosos, sino atarse a las mismas andas en las que Él ha metido su hombro para acompañar y cargar con los dolores de los hombres. *Tomad sobre vosotros mi yugo*, dice a los que quieran escucharle. San Pablo retomará la idea invitando a los fuertes a sostener a los débiles con las fuerzas que han recibido de Dios mismo. *Nosotros -dirá- los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestro propio agrado.*

La Semana Santo no es para blandos, porque la vida de Cristo no es cosa de niños. Yo mismo creí, en mi niñez, que bastaba ofrecer el pequeño dolor que

me producía en el hombro llevar una bandera custodiando a Jesús Yacente en procesión. Pero la cosa iba más lejos. Aunque he aquí el milagro, quien se confía a cargar con la vida de Cristo descubre que *su yugo es blando y su carga ligera*, porque recibimos su espíritu de fortaleza, su espíritu de fe y de esperanza y, así, aunque nos sintamos a veces abatidos, una fuerza de vida nace en el interior de nuestra debilidad. Es en Cristo en quien incluso cuando somos débiles somos más fuertes que el mundo.

Por eso, las mismas cofradías no sois más fuertes ni mejores cuanto más espectáculo deis bailando los pasos, aumentando su número, cubriéndolos de flores, alargando las procesiones... sino cuanto más ayudéis a los cofrades a descubrir que sólo Cristo es el Abad mayor de la vida, cuanto más ayudéis a los que miran desde las aceras a comprender que Cristo les invita a caminar por la vida siguiendo sus pasos, a descubrir que todo dolor ha sido crucificado por el amor de Cristo y ya no tiene la última palabra; cuanto más hagáis sentir a los cansados y agobiados que tienen un hogar para descansar en ese corazón abierto que desfila ahora delante de sus ojos. Cuando hagáis de vuestros bienes no sólo un recurso para ensalzar nuestras tradiciones, sino para levantar a los pobres que están apartados de la vida.

Es cuando sois débiles, cuando sólo sois un poco de silencio caminante, cuando sólo sois una imagen que apunta hacia lo alto, cuando sólo sois anónimos cristianos que testifican con su recogimiento procesional su fe en Cristo... es entonces cuando sois fuertes, cuando merece la pena que os anuncien los tambores y las cornetas, cuando el mundo debe detenerse para contemplar vuestro paso y descubrir en él que el Hijo de Dios anduvo por las plazas y el corazón de nuestra historia sólo para darnos vida.

La Semana Santa sólo está unos días con la cruz en alto. Nunca quiso Cristo que anduviéramos encogidos por el peso del dolor o vencidos por el miedo a la muerte.

De repente desaparece la sangre del costado de Cristo y brota de él un manantial de agua viva que refresca la existencia otorgándole un espíritu nuevo; la cruz se reviste de amor, pero ahora de un amor resucitado que ya no muere nunca; las Iglesias que durante la cuaresma se habían vestido de diario se revisten de domingo blanco de alegría, como ya han hecho los almendros preanunciando la vida que renace; la noche que todos tenemos que vivir junto al sepulcro se llena de una luz nueva que roba sus armas a la muerte; los ayunos se terminan y es tiempo de comer de fiesta y dejar correr el vino de la nueva alianza que es alegría para todos; el manto de luto que cubría a María, madre de todas las angustias y soledades, se retira y aparece engalanada con vestidos que borda de esperanza el encuentro con su Hijo. *No hay mal que cien años dure*, ahora lo sabemos, porque Dios no olvida a sus hijos en el sepulcro del dolor y de la muerte.

Los cristianos se reúnen como a escondidas en la noche, se enciende un cirio que marca como estrella polar la presencia del norte de la vida, y se anuncia la Buena Nueva. Éste es uno de los recuerdos más profundos de mi Semana Santa toresana. Vicente Gullón frente a una comunidad con velas encendidas que espera la noticia de la resurrección, y él con voz profunda, como si estuviera en el interior del Sepulcro de Cristo que visitamos en la oscuridad de una iglesia a media luz, entona la alegría de la Pascua: *Exulten por fin los coros de los*

*ángeles, que la tierra se vista de alegría, Cristo ha resucitado.* Qué desgracia la de aquellos que han apresado a Cristo en su muerte y no se han dejado apresar por él en su resurrección. Qué desgracia caminar sólo acompañados por un yacente que no se levanta para iluminar la vida tras el Viernes Santo.

Cristo ha resucitado y sin alardes aparece el consuelo del corazón, la alegría de sabernos recogidos para siempre en la vida resucitada de nuestro Hermano mayor. El Padre ha hablado y hay que vestirse de fiesta porque Él ha revestido nuestro interior de esperanza. Se sueltan palomas al vuelo, porque nosotros mismos ya no estamos sometidos al sepulcro y a la tierra, sino que somos hijos del cielo y de la vida de Dios.

Volvemos a nuestras procesiones cotidianas, pero con un paso nuevo. Ahora la vida tiene destino y la muerte se acaba. Ahora la vida tiene sentido y sabemos donde está. Ahora este amor resucitado es el trabajo de las horas y los días, donde quiera que habitemos, con quien quiera que nos encontremos, en cualquier circunstancia y a pesar de todo pesar. Ahora este amor resucitado que nos ha desposado con Dios mismo en la muerte de su Hijo es nuestra razón de ser: amor a los de cerca, amor a los de lejos, amor a los amigos y amor a los enemigos. Amor a favor nuestro y amor contra nosotros mismos. *Sólo el amor resucita la vida*, el amor que Dios exhaló en el último aliento de Jesús.

Lo importante necesitamos ponerlo ante el corazón de tiempo en tiempo, luego guardaremos los pasos hasta otro año. Guardaremos la túnica porque nos habremos revestido de la fe y de la fuerza de Cristo. Todo se pasa, salvo Cristo que queda prendido de este mundo con su carne en nuestra carne. Todo se pasa, pero Cristo seguirá cercano para señalarnos de continuo el camino de la vida y su final de gloria.

Por eso, antes de que todo pase sin que pase nada verdadero en el fondo íntimo de nuestro corazón, encendamos el deseo de encontrarle, bajemos el volumen con que grita nuestro mundo y escuchemos su invitación, pues sólo así nuestros ojos verán y nuestros oídos se abrirán, la vida se liberará de todo miedo y todo dolor encontrará el lugar del descanso y la esperanza.

Bienaventurados los que buscan porque hallarán, bienaventurados los que llaman porque se les abrirá, bienaventurados los que no tengan miedo de Cristo porque encontrarán la verdadera alegría y la libertad para vivir.

Es esta bienaventuranza la que os deseo. Ojalá seamos encontrados un poco más por el Cristo que sale a nuestras calles y nos busca desde siempre.

Muchas gracias.